

# Beethoveniana <sup>(1)</sup>

## TESTAMENTO DE HEILIGENSTADT

A mis hermanos Karl y Johann Beethoven,  
para ser leído y ejecutado después de mi muerte.

¡Oh, vosotros, hombres que me consideráis hostil, terco o misántropo, cuán injustos sois para conmigo! Vosotros no sabéis

(1) La correspondencia de Beethoven es bastante conocida entre nosotros, gracias principalmente a las cartas insertas por Romain Rolland en su difundido estudio biográfico; creemos, sin embargo, que no será del todo inútil reproducir en este número-homenaje de *Verbum* algunos de los escritos íntimos del gran músico. Aunque no se trata de composiciones de índole literaria — y quizá por ello mismo — esos escritos procuran una fisonomía más directa del hombre, una visión más inmediata y de tamaño natural. En esta breve *Beethoveniana* se reproducen aquellos documentos que, como el llamado *Testamento de Heiligenstadt*, descubren algunos de los aspectos más angustiosos de la tragedia física y moral del maestro; cartas que, a semejanza de la famosa dedicada a Teresa de Brunswick, dan prueba del fervor amoroso del autor de la sonata en *fa* op. 57, de la op. 78 y de las inefables melodías *An die ferne Geliebte*; muestras epistolares, en fin, que, cual las dirigidas al pastor Amenda y al doctor Wegeler, dicen mucho de la cordialidad y del fino sentido amistoso de Beethoven.

Para la versión del *Testamento* y de las cartas a sus amigos, se sigue, en lo posible, el texto alemán, tal como va inserto en el libro *Ludwig van Beethoven*, de W. A. Thomas-San Galli (Munich, 1913), que, por lo documentado y reciente, excusa, desde algunos puntos de vista, la consulta de los trabajos anteriores de Nohl, von Frimmel, Kalischer, Chantavoine, Ritter von Köchel, etc. En la reproducción de la carta a la *Amada inmortal*, se sigue el criterio de Romain Rolland, esto es, se la despoja de los detalles y alusiones circunstanciales que contiene, y sólo se toman los pasajes que mejor reproducen la efusión pasional del músico. — A. J. B.

la secreta razón de que esto os parezca así. Mi corazón y mi espíritu se mostraron propensos desde la infancia al tierno sentimiento de la bondad; siempre he estado dispuesto para llevar a cabo grandes acciones. Pero pensad tan sólo en lo horrible de mi situación desde hace ya seis años, situación agravada por médicos sin tino, que año tras año me han engañado con esperanzas de mejoría; y ahora no me queda más perspectiva que la de un *mal durable*, pero cuya curación exige años, si es que no resulta imposible. Dueño de un temperamento apasionado y dinámico, amigo de las distracciones de la sociedad, en edad temprana me fué menester apartarme de los hombres y pasar mi vida solitaria. ¡Si algunas veces intenté sobreponerme a todo, cómo choqué entonces contra la realidad amarga y siempre renovada de mi mal! Sin embargo, yo no podía decir a los hombres: « ¡Hablad más alto, gritad, porque estoy sordo! » ¡Cómo podía revelar la debilidad de un sentido que debería ser en mí más perfecto que en los demás, un sentido que antaño poseí con la más acabada perfección, y tal que a buen seguro pocos de los de mi oficio la han alcanzado nunca! — ¡Oh, me es imposible hacer esto! — Debéis perdonarme, pues, si me véis vivir retraído, cuando en realidad yo quisiera participar de vuestra compañía. Mi desgracia es doblemente dolorosa, puesto que ella hace que se me conozca mal. Me está vedado el encontrar algún reposo en la sociedad de los hombres, en las conversaciones gentiles, en las efusiones mutuas. Solo, eternamente solo. No me arriesgo a llegar hasta las gentes, sino es a impulsos de una necesidad imperiosa. Debo vivir como un desterrado. Si por acaso me acerco a los hombres, el miedo de que descubran mi situación me hace presa de una angustia devoradora.

— Es por esto que acabo de pasar seis meses en el campo. Mi docto médico me pone en el compromiso de cuidar mi oído o más posible, y va más allá de mis propias intenciones. Sin embargo, muchas veces, nuevamente poseído de mi amor hacia la sociedad, me he dejado arrastrar hasta ella. Pero, ¡qué humillación, cuando cerca de mí estaba alguien escuchando una flauta que sonaba a lo le-

jos, mientras *yo no oía nada*; qué humillación, cuando alguien *escuchaba el canto de un pastor*, mientras que yo tampoco oía nada! Semejantes pruebas me pusieron al borde de la desesperación; poco faltó para que yo mismo pusiese fin a mi vida. Pero el *Arte*, y sólo él, me ha detenido. Me parecía imposible poder abandonar este mundo antes de haber realizado todo lo que me siento capaz de realizar. De este modo prolongaba esta vida miserable. — realmente miserable; un cuerpo tan irritable que el menor cambio hace pasar del mejor al peor de los estados. — ¡Paciencia!, — suele decirse. Ahora debo tomarla por guía. Ya la he tomado. — Espero que mi resolución de resistir pueda durar hasta que a las Parcas inexorables les plazca cortar el hilo de mi vida. Acaso esto será lo mejor, acaso no, pero estoy listo. — No es nada fácil el verse en el trance de ser filósofo a los veintiocho años; y esto es más duro para un artista que para otro cualquiera.

— ¡Divinidad, desde lo alto tú penetras en el fondo de mi corazón, tú le conoces, tú sabes que en él hallan albergue el amor hacia los hombres y el deseo de hacerles bien! ¡Oh, vosotros, hombres, si un día leéis esto, pensad que habéis sido injustos para conmigo; pensad que el desventurado se consuela al encontrar otro desventurado como él, que, a pesar de todos los obstáculos de la naturaleza, hace todo lo que está a su alcance para llegar a ser admitido en el círculo de los artistas y de los hombres selectos!

Vosotros, hermanos míos, Karl y Johann, tan pronto como yo haya muerto, si el profesor Schmidt vive aún, pedidle, en mi nombre, que describa mi enfermedad. A la relación de mi enfermedad unid esta carta, a fin de que después de mi muerte, y en la medida de lo posible, el mundo se reconcilie conmigo. — Al mismo tiempo a vosotros dos os reconozco herederos de mi pequeña fortuna, — si así puede llamarse. Partidla lealmente, estad siempre de acuerdo y ayudaos el uno al otro. Vosotros sabéis el mal que me habéis hecho; yo os lo he perdonado desde hace mucho tiempo. A ti, hermano Karl, te agradezco particularmente la solicitud y apego de que me has dado muestras en estos últimos tiempos. Mi deseo es que tengáis una vida más feliz, más exenta de cuidados que la

mía. Aconsejad a vuestros hijos la virtud, porque sólo ella puede dar la felicidad, que no da el dinero. Hablo por experiencia. Ella me ha confortado en mi miseria; a ella debo, tanto como a mi arte, no haber puesto fin a mi vida con el suicidio. — ¡Adiós, amaos! Doy las gracias a todos mis amigos, y en particular al *príncipe Lichnowski* y al *profesor Schmidt*. — Deseo que los instrumentos del príncipe L. puedan ser conservados en la casa de algunos de vosotros, pero que esto no provoque ninguna discusión. Si esos instrumentos os parecen útiles para algo mejor, vendedlos en seguida. ¡Cuán feliz seré si aun puedo servirlos desde la tumba!

Si fuera así — con alegría volaría hacia la muerte. — Si ésta llega antes de que yo haya tenido ocasión de desarrollar todas mis facultades artísticas, a pesar de mi duro destino, llegará demasiado temprano para mí, y desearía retardarla. — Pero aun así estoy contento. ¿No va a librarme, acaso, de un padecimiento infinito? — Ven, pues, cuando quieras: marchó valientemente hacia ti. — Adiós; no me olvidéis enteramente en la muerte: merezco que penséis en mí, porque a menudo he pensado en vosotros, durante mi vida, para haceros felices. ¡Sedlo!

Heiligenstadt, 6 de octubre de 1802.

*Ludwig van Beethoven.*

Heiligenstadt, 10 de octubre de 1802.

Así me despido de ti —, y en verdad con tristeza. — Sí, la querida esperanza — que traje aquí de ser curado, siquiera en parte, debe abandonarme enteramente. Como las hojas del otoño caen y se marchitan, — así se ha secado mi esperanza. Más o menos como vine —, así me voy. — Hasta el alto valor — que me sostenía en los hermosos días de verano —, se ha desvanecido. — ¡Oh, Providencia —, haz manifestarse para mí, siquiera una vez, un día puro de *alegría!* — ¡Hace ya tiempo que el eco profundo de la verdadera alegría me es extraño! — ¡Oh, cuándo —, cuándo, oh Divinidad, podré yo sentirla aún en el templo de la naturaleza

y de los hombres! — ¿Nunca? — ¡No! — ¡Oh, sería demasiado cruel! —

## CARTA A LA « AMADA INMORTAL »

Mi angel, mi todo, mi yo... mi corazón estalla de lo mucho que tengo que decirte... ¡Ah, donde yo estoy, tú estás siempre conmigo!... Lloro sólo de pensar que probablemente antes del domingo no recibirás mis primeras noticias. — Yo te amo como tú me amas, pero mucho más intensamente... ¡Oh, Dios! — ¡Qué vida esta! ¡Sin ti! ¡Tan cerca, tan lejos! — Mis pensamientos se precipitan hacia ti, *mi amada inmortal*, a veces alegres, luego tristes, interrogando al destino, preguntándole si escuchará nuestros votos. — No puedo vivir si no es contigo, porque de otro modo no sé vivir... Nunca otra mujer será dueña de mi corazón. ¡Nunca! — ¡Nunca! — ¡Oh, Dios, ¿por qué es preciso que los que se aman deban alejarse? Y sin embargo, mi vida, tal como ella es al presente, es una vida de tristezas. Tu amor me ha hecho, a un mismo tiempo, el más feliz y el más desdichado de los hombres. ... Está tranquila... está tranquila... ¡ámame!... hoy... ayer qué ardiente aspiración, cuántas lágrimas han corrido hacia ti —, ¡hacia ti — hacia ti — mi vida — mi todo! — ¡Adiós! —, Continúa amándome —, no olvides jamás el corazón de tu amado L. — Eternamente tuyo, eternamente mía, eternamente el uno para el otro.

## CARTA AL PASTOR AMENDA

Viena, 1.º de junio.

¡Mi querido, mi buen Amenda, mi amigo cordial! He recibido y leído tu última carta con una profunda emoción, con una mezcla de pena y de alegría. ¿A qué puedo comparar tu fidelidad, tu apego hacia mí? ¡Oh, es muy hermoso que tú hayas permanecido siempre tan afectuoso! Sí, he puesto a prueba tú devoción, y

bien sé la diferencia que existe entre ti y los demás. Tú no eres un amigo al modo vienés, no; tú eres de aquellos que sólo pueden encontrarse en el suelo de mi patria. ¡Cuán a menudo deseo tener-te junto a mí, pues tu Beethoven es profundamente desdichado, en lucha con la Naturaleza y el Creador. Te diré que la parte más noble de mí mismo, mi oído, se ha debilitado mucho. Ya en la época en que tú estabas a mi lado, sentía los síntomas del mal, y lo ocultaba; después ha ido empeorando. Es preciso esperar para saber si esto puede curarse; debe haber sido determinado por mi enfermedad del estómago. En cuanto a ésta estoy casi restablecido; pero, tocante al oído, ¿curaré? Naturalmente, así lo espero; pero es harto difícil, pues tales enfermedades son de las más rebeldes. Cuán tristemente debo vivir, evitando todo lo que me es más querido, y esto entre hombres tan miserables, tan egoístas como... Entre todos puedo decir que el amigo que más me ha ayudado ha sido Lichnowsky; desde el año pasado me ha dado 600 florines. Esto y la buena venta de mis obras me ponen en situación de poder vivir sin grandes cuidados. Todo lo que escribo actualmente puedo venderlo en seguida, hasta cinco veces, y recibir por ello buena paga. En estos últimos tiempos he escrito con alguna regularidad; y como sé que has pedido pianos a... desco enviarte algunas obras en el embalaje de los mismos, a fin de ahorrarte gastos.

Ahora, para mi consuelo, ha llegado aquí un hombre con quien puedo gozar del placer de la conversación y de la amistad desinteresada; es uno de mis amigos de la juventud. Le he hablado de tí con frecuencia, y le he dicho que, desde que abandoné mi patria, tú eres uno de los elegidos de mi corazón. El tampoco quiere a... Sigue siendo muy débil para la amistad. Yo los miro y... como los simples instrumentos — en que toco, cuando me place, pero que no pueden ser nunca testigos nobles de mi actividad, ni participar verdaderamente en mi vida —, les doy valor sólo en la medida de los servicios que me proporcionan.

¡Oh, cómo sería feliz si tuviera el uso completo de mi oído! Correría entonces hacia tí; pero debo permanecer alejado de todo;

mis años más hermosos transcurren sin que haya realizado todo lo que mi fuerza me mandara. — ¡Triste resignación ésta en la cual debo refugiarme! Sin duda que me he propuesto sobreponerme a todos estos males; pero, ¿cómo me será posible? Sí, Amenda, si en seis meses mi mal no está curado, exijo de tí que abandones todo y que vengas a mi lado; entonces viajaré (mi ejecución y mi composición sufren aún muy poco por mi enfermedad, pues es sólo en sociedad donde me es más sensible), y tú serás mi compañero, porque estoy convencido de que contigo no me faltará la felicidad. ¡Con quién no podría yo compararme entonces! Desde que tú partiste he escrito de todo, hasta óperas y música sagrada. — Sí, tú no te rehusarás; tú ayudarás a tu amigo a soportar su mal y sus penurias. — También he perfeccionado mi ejecución de pianista, y espero que este viaje podrá igualmente proporcionarte placer. Después, tú permanecerás para siempre junto a mí. — He recibido con puntualidad todas tus cartas, y por poco que te haya contestado, has estado siempre presente para mí, y mi corazón palpita por tí con la misma ternura. — Lo que te he dicho de mi oído, te ruego callarlo como un gran secreto, y no confiárselo a nadie, quienquiera que sea. Escíbeme con frecuencia. Tus cartas, hasta cuando son breves, me consuelan y me proporcionan mucho bien. Espero para muy pronto otra tuya, mi querido amigo. No te he enviado tu cuarteto, porque lo he rehecho del todo desde que he comenzado a saber escribir cuartetos en forma conveniente, como tú verás cuando lo recibas. Ahora, adiós mi querido y buen amigo. Si tú crees que yo pueda hacer por tí algo que te sea agradable, se entiende que debes decirlo a tu fiel L. v. Beethoven, que te quiere sinceramente.

## CARTA AL DOCTOR FRANZ GERHARD WEGELER

Viena, 29 de junio de 1801.

Mi bueno y querido Wegeler: ¡Cuánto te agradezco tu recuerdo! Lo merezco tan poco, tan poco he hecho para merecerlo; pero sin

embargo, tú eres tan bueno, que no te dejas alejar por nada, ni siquiera por mi imperdonable negligencia; permaneces siempre siendo el fiel, el bueno, el leal amigo. — ¡Que yo pudiese olvidarte, olvidar a todos vosotros, que habéis sido para mí tan caros y tan bondadosos, no, eso no lo creo! Hay momentos en que suspiro por estar cerca de vosotros, para pasar algún tiempo. Mi patria, la hermosa región donde yo vi la luz del mundo, también se me representa siempre con toda claridad y nitidez, como cuando os abandoné. Será uno de los más felices instantes de mi vida aquel en que pueda volver a veros y saludar a nuestro padre el Rhin. — Cuándo será esto, no puedo decirlo con exactitud. Por lo menos diré que me encontraréis más grande: no hablo del artista, sino del hombre, que os parecerá mejor, más hecho; y si el bienestar no ha aumentado un poco en nuestra patria, mi arte debe consagrarse al mejoramiento de la suerte de los pobres...

¿Quieres saber algo acerca de mi situación? Bien, pues no va del todo mal. Desde el año pasado, Lichnowski — por increíble que te parezca, aun cuando yo lo digo —, quien ha sido siempre y sigue siendo mi amigo más entusiasta (bien es cierto que hubo pequeñas diferencias entre nosotros, pero ellas mismas han afirmado nuestra amistad), Lichnowski me ha concedido una pensión de seiscientos florines que yo debo recibir durante el tiempo en que carezca de una posición conveniente. Mis composiciones me producen mucho y puedo decir que se me pide más trabajo que el que puedo realizar. Para cada obra tengo seis, siete editores, y aun más si quiero buscarlos. Nadie discute conmigo: fijo un precio y se me paga; ya ves que esto es delicioso. Por ejemplo, si veo a un amigo necesitado y mi bolsillo no me permite ir en su ayuda, no tengo más que sentarme a mi mesa de trabajo, y en poco tiempo puedo sacarlo del apuro. — Soy también más económico que antes...

Por desgracia, un demonio celoso, mi mala salud, ha venido a entorpecer mi camino. Desde hace tres años, mi oído se ha hecho cada vez más débil. Debe haber provocado esto mi enfermedad del estómago, que sufría ya desde hace tiempo, como tú sabes, pero

que ha empeorado mucho, porque padezco continuamente de trastornos gástricos y sufro, en consecuencia de una extraordinaria debilidad. Frank quería tonificarme con reconstituyentes y curar mi oído por medio del aceite de almendras. Mas ¡*prosit!* esto no sirve para nada; mi oído sigue siempre cada vez peor y mi estómago en el mismo estado. Así estuve hasta el otoño último, en el cual a menudo llegué a la desesperación. Un médico torpe me aconsejó baños fríos; otro, más avisado, los baños tibios del Danubio, y el efecto fué, en verdad, maravilloso; mi estómago mejoró, pero mi oído sigue lo mismo, si es que no empeora.

Este invierno, mi situación fué verdaderamente deplorable, pues sufrí cólicos espantosos y una recaída total. Así estuve hasta el mes último en que fui a visitar a Vering, porque pensé que mi mal reclamaba un cirujano y, desde luego, he tenido siempre confianza en él. Logró cortar casi por completo esta molestia gástrica; me ordenó tomar baños tibios del Danubio, haciéndome poner en el agua multitud de licores fortificantes; no me administró ninguna medicina. a no ser, por espacio de unos cuatro días, unas píldoras para el estómago y una especie de té para los oídos. Ahora me encuentro mejor y más fuerte; sólo mis orejas zumban y rugen noche y día. Puedo decir que llevo una vida miserable. Desde hace casi dos años, evito toda compañía, porque no puedo decir a las gentes: «soy sordo». Si yo tuviera alguna otra profesión esto aun sería posible; pero en la mía es una situación espantosa. ¡Qué dirían mis enemigos, cuyo número no es corto!

Para darte una idea de mi extraña sordera, te diré que en el teatro debo colocarme muy cerca de la orquesta para oír a los actores. Si me coloco un poco lejos, no oigo los sonidos altos de los instrumentos ni las voces; y en la conversación es sorprendente que haya personas que no lo hayan advertido nunca. Como suelo sufrir tantas distracciones, a ellas atribuyen todo. Cuando se habla quedo, apenas entiendo; sí, entiendo bien los sonidos, mas no las palabras; y, por otra parte, cuando se grita, esto me resulta insoportable. Lo que haya de venir, sólo el cielo lo sabe. Vering dice que seguramente mejoraré, si no llego a curar del to-

do. — Con frecuencia he maldecido de mi existencia y del Creador. Plutarco me ha llevado a la resignación. Quiero, si esto fuese posible, desafiar al destino; pero hay momentos de mi vida en que soy la más miserable de todas las criaturas. — Te suplico no decir nada de mi estado a nadie, ni aun a Lorchen; te lo confío como un secreto. Me agradecería que tú escribieras a Vering acerca de este asunto; y si mi situación actual ha de durar, iré en la primavera próxima a visitarte; tú me albergarás en alguna casa de campo, en cualquier sitio ameno donde pueda hacerme campesino durante seis meses. Acaso eso me producirá mucho bien. ¡Resignación! ¡Triste refugio, y sin embargo es el único que me queda! Perdóname que te dé esta molestia de amistad, en medio de tus propias penurias.

Steffen Breuning está ahora aquí y pasamos casi todos los días juntos. ¡Me produce tanto bien evocar sentimientos de tiempos pasados! Se ha convertido, en verdad, en un joven excelente, bueno, que sabe algo y que tiene, como todos nosotros más o menos, el corazón bien puesto.

Quiero escribir también a la bondadosa Lorchen. Nunca he olvidado a uno solo de vosotros, tan queridos y buenos, aun cuando a veces no he dado ningún signo de vida; porque escribir, tú lo sabes, nunca ha sido mi fuerte; mis mejores amigos han estado años enteros sin recibir una carta mía. Sólo vivo en mis notas; apenas una obra queda terminada, cuando ya está comenzada otra. En la forma en que trabajo ahora, hago a menudo tres o cuatro cosas a un tiempo. — Escíbeme con más frecuencia, que yo trataré de disponer de tiempo para contestarte. Saluda a todos de mi parte...

¡Adios, bueno, fiel Wegeler! Está seguro de la afeción y de la amistad de tu Beethoven.

#### CARTA A WEGELER

Viena, 16 de noviembre de 1801.

¡Mi buen Wegeler! Te doy las gracias por tu nueva prueba de solicitud, tanto más, cuanto la merezco muy poco. — Quieres saber

cómo estoy, y yo tengo necesidad de decírtelo ; por poco agradable que me sea ocuparme de este asunto, lo haré sin embargo de buena gana, ya que de ti se trata.

Vering me está poniendo desde hace meses vejigatorios en los dos brazos... El tratamiento me es extremadamente desagradable ; sin hablar de los dolores, me veo privado por completo del uso de mis brazos por uno o dos días. Debo convenir en que los zumbidos son un poco más débiles que antes, principalmente en la oreja izquierda, que fué en la que comenzó mi sordera ; pero mi oído, en verdad, no ha mejorado nada hasta el presente, y no me atrevo a decir si está peor aún. — Mi estómago va mejor, y cuando me baño durante algunos días en agua tibia, me encuentro bastante bien para ocho o diez días más. De cuando en cuando tomo algún fortificante para el estómago, y también he comenzado, siguiendo tu consejo, la aplicación de hierbas contra el vientre. — Vering no quiere oír hablar de duchas ; y por otra parte, no estoy muy contento con él, porque en verdad tiene pocos cuidados y atención para mi mal ; si yo no fuera a su casa — lo que me es muy difícil — no lo vería nunca. ¿Qué piensas tú de Schmidt? No cambio médico de buena gana ; pero me parece que Vering es demasiado practicón para renovar muchas de sus ideas por la lectura ; y Schmidt en esto me parece un hombre distinto, que acaso no será tan negligente. — Se dicen maravillas del galvanismo. ¿Qué piensas tú de ello? Un médico me ha contado que vió a un niño sordomudo recobrar el oído, y a un hombre, que hacía siete años estaba sordo, también curado. — Precisamente acabo de saber que Schmidt está bien experimentado acerca de esto.

De nuevo vivo en forma algo más agradable ; frecuento el trato de los demás. Apenas podrías creer qué vida de soledad y de tristeza he llevado desde hace dos años ; mi enfermedad se levantaba por todas partes delante de mí, como un espectro. Huía de los demás. Debía, pues, parecer un misántropo, cuando lo soy tan poco — Este cambio, una amada, una encantadora muchacha lo ha realizado ; me ama y yo la amo : he aquí de nuevo algunos momentos felices, después de dos años ; y es la primera vez que

pienso que el matrimonio puede dar la felicidad. Desgraciadamente ella no es de mi condición; y ahora, a decir verdad, no podría casarme, porque es necesario que trabaje valerosamente aún. Si no fuera por mi oído habría desde hace largo tiempo recorrido la mitad del mundo, y esto debo hacerlo.

No hay mejor placer para mí que ejercer mi arte y mostrarlo. — No creo que fuera feliz en vuestra casa. ¡Quién podría darme la felicidad! Vuestros mismos cuidados me pesarian y a cada instante leería yo la compasión en vuestros rostros, para juzgarme más miserable todavía. — ¿Qué me atraía hacia esos bellos lugares de mi patria? ¡Nada más que la esperanza de alcanzar una situación mejor, y que yo llegara a no tener este mal! ¡Oh, si estuviera libre de este mal tendría el mundo entero entre mis brazos! Mi juventud, sí, lo siento, apenas está comenzando, porque hasta ahora no he hecho más que padecer. Mi fuerza física crece más que nunca desde algún tiempo, junto con mi vigor intelectual. Cada día me acerco más al fin que entreveo sin poder definir. Pero sólo con estos pensamientos puede vivir tu Beethoven. Nada de reposo. Yo no conozco otro descanso que el sueño, y ahora soy tan desventurado que tengo que concederle más tiempo que antes. Que esté sólo a medias libre de este mal, y entonces, como un hombre más dueño de sí mismo, más maduro, iré hacia vosotros y estrecharemos fuertemente vuestros viejos lazos de amistad.

Debéis verme tan feliz como me sea permitido serlo sobre la tierra; pero no desventurado. ¡No, esto no lo podría soportar! Quiero retorcerle el cuello al destino, que no me doblegará indudablemente por completo. ¡Oh, es tan bello vivir la vida mil veces! — Para una vida tranquila, lo siento, no nació.

*Beethoven.*